

O DIOS O EL PARTIDO

Félix Moracho

Creo que es Prieto Figueroa el que entre nosotros matiza hablando de una ética singular: la ética política.

Pero la que en Venezuela se practica es la "ética partidista", o ética del Partido. Y ciertamente ésa no es cristiana.

El cristianismo sabe que el poder, la política, los partidos, son necesarios para el desarrollo justo y libre de la sociedad. En principio están al servicio del bien del pueblo, que es la mayoría del país.

En el cristiano, ya sea de derechas o de izquierdas, no cabe el divorcio entre su fe y su vida diaria. Y la vida diaria de los jefes de los pueblos es el ejercicio del poder, y la de los militantes de los partidos es la campaña política.

El cristiano tiene que vivir su amor a Dios sobre todas las cosas, también cuando ejerce el poder, milita en un partido, desarrolla su actividad política. Y no puede hacer del poder, del partido, de la política un "absoluto", un "dios", un ídolo, porque "No tengas otros dioses fuera de mí... No te postres ante ellos, ni les des culto" (Exodo 20,3-5).

Entre nosotros, gracias a Dios, no se da por ahora la absolutización del poder, el uso totalitario del mismo apoyado en la fuerza pública. No hemos llegado a esa divinización del poder, a esa idolatría, con su liturgia de la tortura, sus sacrificios de víctimas de "desaparecidos", su doctrina de la "Seguridad Nacional". Y ¡ojalá que nunca se dé entre nosotros esa prevaricación de la inatitución política que Jesús anatematiza: "los jefes de los pueblos los gobiernan como si fueran sus dueños; y los poderosos los oprimen con su poder. Pero entre ustedes no ha de ser así" (Marcos 10,42-43). El pueblo acepta, hasta cierto punto, los sacrificios que impone un gobierno. Pero si esto se hace por medio de la opresión y a costa de su libertad, entonces no hay fuerza que pueda impedir y detener la fuerza del pueblo.

La "idolatría" que tiene carta de ciudadanía entre nosotros es la del "Partidismo".

En Venezuela el Partido, que no es más que el vehículo del Poder, se ha convertido en un absoluto, en un "ídolo" que suplanta a Dios. Tenemos entonces el "Partidismo", que es la "idolatría del Partido", sea este blanco, verde, o del color que sea.

El "Partidismo" se da cuando los hombres se definen por la tarjeta del

Partido:

Cuando el Partido triunfa, los "partidistas" que son los "creyentes" en el "dios-partido", se creen superiores a los demás y privilegiados en todo por militar en el Partido del Gobierno; los "fieles" del Partido se consideran dueños del país y disponen de él sin dar cuenta ni a Dios, cuanto menos al Contralor General de la República.

Desde el momento en que triunfan los militantes del Partido se convierten en "ciudadanos de primera", y para los "ciudadanos de segunda", que son todos los demás, no hay más que indiferencia, descalificación y, si son de la oposición, hostilidad: se "barre" con ellos.

¡Qué lejos están los "partidistas" de seguir aquel consejo del Libertador!: "El modo de gobernar bien es el de emplear hombres honrados aunque sean enemigos" (Simón Bolívar a S.E. el Gral. José Antonio Páez, Bucaramanga, 26 de marzo de 1828).

Cuando el Partido pierde, los "partidistas" se dan a la oposición automática, sistemática, generalizada, por todos los medios y con todos los hierros, dispuesto a hacer la vida imposible al partido triunfante. ¡Cómo olvidamos que "la mejor política es la honradez" (Simón Bolívar al Gral. Santander, Ocaña, 17 de agosto de 1820).

La tentación del "partidismo" acecha siempre, si no es que ya cayeron en ella, a los ministros, senadores, diputados, concejales... a los "sacerdotes" y "sacerdotisas" del Partido. Para el "partidista", con quien no pocas veces se identifica el "militante", el Partido, sea el del gobierno o el de la oposición, es el único que tiene la verdad y las soluciones que el país necesita. No hay más justicia que la del Partido. El único que tiene derechos, de hecho, es el Partido. Prevalcen siempre los intereses del Partido sobre los del pueblo (en la calle se dice que el BTV se canjeó por la Fundación del Niño; y ¿cuánto costó el canje del Sierra Nevada?, se preguntan algunos). Se vota siempre lo que decide el Partido; como que hasta la conciencia se ha vendido al Partido. Los "partidistas" siguen exactamente la conducta contraria a la del Libertador que, "pronto a sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y hasta la gloria misma, no puedo, sin embargo, hacer el sacrificio de mi conciencia" (Al Presidente del Congreso General de Colombia, Rosario de Cúcuta, 1 de octubre de 1821).

El "Partidismo" es, pues, el Partido convertido en "dios". El "ídolo", que es el Partido, recibe su "culto" idolátrico. Y entre esos actos de culto partidista, además del culto exclusivista (con el sacrificio de la conciencia) a la verdad, justicia, derechos, intereses y ambiciones del Partido, se da también la utilización y manipulación del único y verdadero Dios y de su Iglesia.

Se prostituye a Dios y a su Iglesia:

— Cuando a Dios se lo apropia como "suyo" la derecha o la izquierda, siendo así que "Dios no es de derechas, ni de izquierdas";

— cuando se confunde el Reino de Dios con los intereses de un determinado Partido Político, ya que "Dios no es una fuerza de apoyo para las elecciones";

— cuando se identifica seductoramente a la Iglesia con un Partido político, siendo así que "la Iglesia no es una organización política, no quiere enfeudarse a nadie y no tiene necesidad de ningún partido" (los entrecorridos son advertencias del Cardenal Marty, jefe entonces de la Iglesia de Francia, en abril de 1976, a los cristianos).

Por fin, también el culto idolátrico del partidismo, tiene sus "víctimas": el pueblo sencillo y pobre es siempre la "víctima sacrificada" al "dios-partido". Los "partidistas" se encargan de incensar y rociar con agua bendita a ese pueblo todavía ingenuo y crédulo — ¡hasta cuándo! — sobre todo en la "Fiesta Patronal" o "Romería" de la "Campaña Presidencial".

Mientras el pueblo no se libere de las estructuras de la "religión partidista", no caminará seguro a su mayoría de edad en la libertad.

Dios dice a su pueblo: "No tengas otros dioses fuera de mí. No te postres ante esos dioses, ni les des culto".

Ni el "amor a Dios sobre todas las cosas", ni el "amor al prójimo como a ti mismo", que son inseparables, cuentan para nada en el culto partidista.

Definámonos: o Dios o el Partido. Lo que de ningún modo puede hacer un cristiano es tener al Partido como "dios": la "querida" en lugar de la verdadera esposa: "has traicionado al Señor tu Dios; has vendido tu amor a dioses falsos".

"Adorarás al Señor, tu Dios, y sólo a El le rendirás culto" (Lucas 4,8).